

LA PRIMERA SINFONIA CHILENA

Acabo de sentir una de las más hondas emociones de mi alma.

Acostumbrado, ya en la intimidad del hogar o ya en reuniones públicas, a escuchar las creaciones musicales de Enrique Soro, de las cuales la mayor parte han dejado en nuestro ánimo sensaciones incomparables, no he podido sustraerme hoy al imperio de esa voz interior y demasiado humana que induce casi siempre a participar a los demás las satisfacciones de que hemos disfrutado en una hora en que la esquivada felicidad nos ha deparado.

La nueva obra de Enrique Soro, que acabo de escuchar, no está encuadrada dentro de los límites de una idea corta y fugaz; no es el rayo de sol que se filtra por entre las hojas agitadas por el viento; no es la palpitación de la onda marinizada por la brisa; ni es tampoco el suspiro, ya de dolor o de alegría, escapado del pecho humano.

Es una obra magna de extraordinarias proporciones en que ha sabido hermanar admirablemente la forma clásica con la romántica, dándole tanto la elevación patética y sentimental de Mozart que la épica de Beethoven.

Sin poseer ese romanticismo exagerado que hizo escuela en otra época y ajenas a las sutilezas del alambicamiento o a los destellos de la



Enrique Soro B.

inverosimilitud que forman los horizontes de esa nueva escuela modernista *sui-generis* que no refleja los ideales de Dubussy o de otros grandes reformadores, sino la tendencia individual, inconsciente y absurda, no sujeta a precepto alguno, la Sinfonía de Enrique Soro se desarrolla con todos los contornos de una obra magistral. De ideas amplias, auscultadas en el seno de la naturaleza que es tan pródiga cuando se sabe requerir sus sensaciones, severas y correctas, como una expresión acabada del ambiente en que giran, hay momentos en que se cree que los espíritus de Beethoven, de Brahms, Saint Saens, Haydn, han inspirado la obra que comentamos a la ligera. Sus frases originales que asombran, en el primer momento y que se prestan para la

meditación, en seguida, y las ondulaciones de ese conjunto de armonías arrancadas del seno de las cosas materiales para convertirlo en algo inmaterial, sublimemente realzado hasta culminar con la divinización, constituyen los relieves de esta nueva obra. No seguiré analizándola, ya que en el concierto que se efectuará en el Teatro Municipal el 6 de mayo próximo, será consagrada como la joya más preciada en el ambiente artístico del continente americano.—L.

EL BESO

Criaturita frágil, criaturita dulce,
En las alas de un trino,
Desde la cuna rosa de unos labios amados,
Toda trémula vino...
Le acogí en el regazo de mi boca sedienta,
Como a un niño enfermo.
¡Divina criatura! por arrullarla en mi alma,
Ni de noche me duermo...
¡Divina criatura! Me ha embrujado la vida...
Y es tan suave, tan bella,
Que ahora me parece, que por sobre mis labios,
¡Se ha caído una estrella!

LA TRAGICA...

Pálida como un lirio muerto,
enlutada, fría y huraña,
la trágica lo vino a conquistar...
En las alas de un cuervo, se entro al divino
de mi amor, y sus manos de araña
sembraron la perversa rosa negra del mal...
Supo de las ternuras de fuego de mi amor,
y supo de su arrullo
que era como un cantar de glorioso y sereno.
Y hasta sus besos puros, la Trágica envidió.
Lo deseó ¡oh Dios mío! y para hacerlo suyo,
en sus labios helados, le dió a beber veneno.
Dibujando una risa horrible, sobre la sombra
de la flor de mi mal,
la Trágica, la Huraña, se marchó con mi amor,
a la ciudad doliente que llorando se nombra...
Sangraban los crepúsculos de una tarde fatal.
Rezaba una campana... lloraba un ruiseñor.

CLEMENCIA MERVAL